

José Luis Villacañas

**RAMIRO DE MAEZTU**  
**Y EL IDEAL DE LA BURGUESÍA EN ESPAÑA**



ESPASA

# ÍNDICE

PRÓLOGO: RAMIRO DE MAEZTU COMO SÍNTOMA.....	13
Maeztu como hombre representativo .....	13
El proyecto de Maeztu.....	16
El espíritu de este ensayo.....	19
Algunas cuestiones de método .....	23
Agradecimientos .....	30
I. LA ENFERMEDAD MODERNA DEL CABALLERO.....	33
El caballero como forma de existencia .....	33
Freud o la enfermedad del caballero católico.....	40
El Quijote como caballero católico .....	46
Rubén o la nueva nostalgia hispánica de la caballería .....	50
II. OTRA ESPAÑA (1897-1905) .....	57
Caballero antes de caballero.....	57
La visibilidad del héroe.....	59
El caballero inicia su viaje hacia otra España.....	61
Tras la senda del arbitrimo .....	65
Culpa trágica .....	69
¿Deshacer España? .....	71
El caballero contra el teólogo Unamuno: la conquista de la me- seta.....	75
La nueva burguesía: el proyecto político de Maeztu antes de 1905 .	83
Contra el anarquismo.....	90
El caballero abandona el estadio estético .....	94
Alejar la tentación de la bohemia .....	100
III. EL CABALLERO VIAJA POR EL MUNDO: EL AMBIENTE POLÍTICO ES- PAÑOL Y LA EVOLUCIÓN EUROPEA DE MAEZTU (1905-1916) .....	107
La denuncia conservadora de la Restauración: emergencia del maurismo (1904-1917).....	108

La propuesta de un regeneracionismo liberalsocialista en el joven Ortega.....	113
Compañero de aventura de Ortega. La evolución ideológica de Maeztu: 1905-1915.....	126
El intento de agitación política de 1910.....	139
La evolución del socialismo de Maeztu.....	146
Complejidad y eclecticismo .....	156
La gran transformación .....	160
IV. EL CABALLERO ENCUENTRA SU EDAD MEDIA: «LA CRISIS DEL HUMANISMO».....	169
Camino de Damasco.....	169
La crítica de la modernidad.....	174
La interpretación alemana de la modernidad .....	179
Modernidad y derecho subjetivo.....	184
Narcisismo moderno: la clave del liberalismo .....	187
La enmienda a la modernidad: el funcionalismo teológico.....	191
La teoría social del caballero: organicismo gremialista .....	199
V. EL CABALLERO Y EL GENERAL.....	203
El tiempo de las decisiones se aproxima .....	203
Maeztu y el golpe de Estado.....	209
Maeztu. Los primeros años de la dictadura .....	213
Preso de la dictadura .....	224
1927: la contrarrevolución.....	228
La defensa final: hacia una constitución política nueva .....	238
El general y el espíritu del tiempo.....	244
La disolución del régimen de Primo de Rivera.....	248
VI. LA CONSTITUCIÓN DE LA BURGUESÍA CATÓLICA .....	255
El sistema ético-cultural de la nueva España .....	255
La nueva ética económica: el caballero del dinero .....	259
<i>Ab hoste doceri</i> : el capitalismo hispano.....	270
Norteamérica como modelo y el cumplimiento de un viejo tema del 98 .....	273
La constitución cultural de la burguesía católica: la revisión del 98 y la idea de cultura .....	279
La mitología española del bien supremo .....	285
El caballero interpreta por primera vez al caballero: el imperativo de distanciamiento .....	287
Hamlet y Don Quijote .....	289
La nueva lectura del <i>Quijote</i> .....	293
El caballero interpreta al seductor: el Don Juan de Maeztu .....	297

Celestina y la ciencia moderna, o cómo el caballero pasa de largo por el origen de los males de España sin descubrirlo.....	306
VII. EL CABALLERO BUSCA A SU REY AUSENTE.....	321
La interpretación del final de la monarquía española .....	322
Contra la república: la monarquía corporativa .....	335
De cómo Maeztu cambió en el momento decisivo .....	337
Maeztu en el bienio constituyente.....	342
La lucha del caballero contra el centro en el bienio conservador de 1934-1936.....	350
De cómo el caballero se convierte en cruzado y mártir.....	368
VIII. EL CABALLERO DEL ESPÍRITU DESCUBRE SU FORMA HISPÁNICA .....	379
Una vieja obsesión hispana.....	380
El caballero de la Hispanidad .....	383
El caballero en su concilio: el humanismo de Trento.....	387
Teocracia y cultura de los Austrias.....	395
El sueño compensatorio del caballero de la Hispanidad .....	400
La defensa del espíritu.....	404
IX. «OPUS ET GLAUDIUM»: LA FORTUNA DEL CABALLERO EN EL RÉGIMEN DEL GENERAL FRANCO .....	413
El panorama intelectual español de la posguerra .....	413
Las etapas de la lucha ideológica.....	417
Calvo Serer y la herencia del taller de Maeztu: la Biblioteca del Pensamiento Actual .....	426
La propuesta de Laín.....	433
La evolución de Calvo Serer y su lucha contra Laín .....	450
¿Qué hay de la burguesía católica? .....	473
CONCLUSIÓN .....	481
La utilidad social de revisar el pasado.....	481
La verosimilitud de la locura en un mundo de locos.....	484
ABREVIATURAS.....	489
BIBLIOGRAFÍA .....	491

## PRÓLOGO:

# RAMIRO DE MAEZTU COMO SÍNTOMA

«¿Ya no hay nobles hidalgos, ni bravos caballeros?»

Rubén Darío, *Cisnes*

### MAEZTU COMO HOMBRE REPRESENTATIVO

Este libro pretende, con independencia y voluntad de objetividad, releer al ideólogo más importante de la derecha española de este siglo; el único que recorre, con un hilo secreto, el camino de España desde el inicio del siglo XX hasta el final del franquismo. En efecto, Maeztu surge a la publicidad española en 1898, pero, a diferencia de otros compañeros de generación, mantuvo, con severas metamorfosis, aunque con cierta coherencia, el *pathos* regeneracionista de aquella fecha. Podemos secundar, o no, a los analistas que hacen de su figura la más sólida entre las de los noventa yochistas; incuestionable es que tomó partido, y lo tomó generosamente por las opciones más radicales, conservando hasta el final un espíritu activo y militante, voluntarista, esforzado y, en cierto modo, hiperestésico, propio de su generación. Esta continuidad espiritual no fue solo formal. También alienta en su trayectoria cierto contenido que, como un guadiana, aparece y desaparece de la epidermis de su obra, y le brinda ecos familiares que recorren de trecho en trecho su carrera. Su proyecto más sustantivo aspiraba a configurar una burguesía económicamente activa. Hacia 1916 este proyecto quedó adjetivado por el catolicismo clásico. Como veremos en este ensayo, su posición política así caracterizada sufrió un severo correctivo a partir de 1927. Luego, casi todo fue ineluctable. De otra forma, pero como Ganivet, dio la vida por sus ideas; si bien, en su caso, podría-

mos decir también que sus propias ideas reclamaban inexorablemente la entrega de la vida.

Maeztu no adoptó la postura distante ante la historia, propia de Unamuno; ni el zigzagueante escepticismo de Baroja, ni el franciscanismo estético y resignado de Azorín, contento con haber hallado el estilo que correspondía a la Castilla detenida y austera. Nunca, ni en 1898 ni en 1927, se contentó con meras palabras radicales, como Costa, ni con aquellos sueños imperiales africanos que ocultaron por breve tiempo la desesperación que llevaría a Ganivet al suicidio. Maeztu actuó y, con ello, alteró las formas hasta entonces propias de la tragedia del intelectual español; identificó algunas ideas, a las que obedeció mediante una práctica descabellada, ilusa, exigente, entregándose por ellas con una generosidad perversa y, en cierto modo, común a todos los que en aquella ocasión de 1936 tomaron partido. Tengo la impresión de que en esa jornada los prudentes no se hicieron visibles. Pero también se me impone la certeza de que los más coherentes, los que no se vieron arrastrados por los sucesos, sino que los alentaron con su radicalidad, definen el tipo de personas con el que hoy no podemos identificarnos. Como diré al final, la afinidad y la simpatía, en el profundo sentido de estas palabras, puedo depositarlas al lado de Antonio Machado, que dio un paso llevado por sus gotas de sangre jacobina y, luego, se dejó llevar por su preferencia indestructible de seguir su camino junto con las clases populares.

Este libro ha querido rendir el pequeño homenaje de la lectura, y ofrecer un intento de comprensión, a alguien que no puede recibir mi simpatía. Maeztu no se dejó llevar. Él atizó el destino, y esta actitud militante y profética, casi de visionario, es incompatible con un espíritu analítico y actual. Pero el ejercicio de comprensión que propongo es también un intento de respeto a la historia, en la medida en que puede ser entendida, no en la medida en que puede ser compartida. El mío es un esfuerzo cuya finalidad no es otra que la de ofrecer un diagnóstico parcial del origen de la mayor tragedia española y algunos apuntes sobre ciertos aspectos ideológicos del régimen de Franco.

Trato aquí de analizar lo que sucedió desde el año 1898 hasta la muerte de Maeztu o, si he de ser riguroso, hasta dar cuenta de su fortuna y de las actuales razones de su olvido. Se trata de saber dónde acabó uno de los caminos que se emprendieron en aquel año amargo de la derrota ante Estados Unidos. Por eso hablaré aquí de la peripecia del Maeztu vivo y del Maeztu muerto. Ni Valle, ni Azorín, ni Unamuno, ni Baroja lo siguieron después de 1905. Ortega y Maeztu —dos espíritus tan distintos como el *gentleman* y el hidalgo caballero— hicieron juntos el camino du-

rante un tiempo, por lo menos desde 1905 hasta que se separaron en 1927 para siempre. Por lo demás, nunca anduvo con Azaña, aunque sí mantuvieron una polémica que ofrece cierto interés.

Cuando recordamos a aquellos hombres, no podemos sino preguntarnos: de todos ellos, ¿quién fue el obstinado?, ¿quién se mantuvo fiel a la actitud y al gesto de 1898?, ¿quién se ocupó únicamente de leer, de forma constante, la historia de España y su presente? Lo que condujo a Maeztu hacia un pensamiento radical hispanocatólico, lo que hizo de él un ideólogo del nacionalcatolicismo franquista, ¿era tan diferente de lo que pensaban otros hombres del 98, como Azorín o como Valle? ¿Por qué entonces fue el único en dar tantos y graves pasos? ¿Puede ocultarse al pensamiento español el camino por el que lo iniciado como exigencia de regeneración, promovida por el dolor ante el presente de un pueblo, acabase con una apología de la cruzada católica que habría de traer la utópica monarquía tradicional? ¿No había nada en común entre las posiciones de 1898 y las de 1936? Los hombres suelen mirar hacia atrás y proyectar relatos justificatorios para dar coherencia a su evolución vital. ¿Qué armas empleó Maeztu para esta operación ideológica de autolegitimación? ¿No hay cierta hipocresía en alabar a los que, desde el principio, clamaron por un cirujano de hierro, y luego detestar al que acabó exigiéndolo bajo la forma de un general salvador? ¿Cuál es la estructura mental de aquel 98, al menos en las manos de Maeztu, para recorrer ese viaje? ¿Es un azar que los más perspicaces de los victoriosos con el franquismo, entre ellos Pedro Laín Entralgo, pronto se vieran movidos a hacer las paces con aquella generación? Pero entonces, ¿por qué en el libro de Laín sobre el 98 apenas existe referencia a Maeztu, siendo objetivamente el más cercano a una victoria que, en 1945, era todavía muy reciente?

Estas preguntas —que se podrían multiplicar— confieren significado histórico a la figura de Ramiro de Maeztu. Mas también una relevancia que, los que vinimos al mundo en el año de la muerte de Ortega y descubrimos la realidad en 1975, no podíamos suponer, pues el Estado por el que Maeztu murió no podía reconocerlo ya como su ideólogo. Las huellas que vinculaban a Maeztu con el régimen fueron borradas por aquellos de sus discípulos que se disponían a participar en un futuro democrático. Desde luego, los que habían militado en la trinchera enemiga tampoco podían ejercer la piedad hermenéutica con Maeztu. Tiempo a leerlo, no le dedicaron mucho. Una de las *biblias* de la oposición de aquellos años, el libro de Ynfante sobre el Opus Dei, editado en 1970 en París, decía en la página 306: «Ramiro de Maeztu se incorporó al grupo de Acción Española en los años inmediatos a la guerra civil española.» Muy há-

bilmente, el libelista no dice si inmediatamente antes o después, porque quizá no lo sepa. También ignora que Maeztu no se incorporó, sino que la fundó y presidió. Como en tantas otras dimensiones de nuestro pasado histórico, mi generación tuvo que ir descubriendo las cosas por sí misma, con retraso, desde luego, y con estupor.

### EL PROYECTO DE MAEZTU

Sin duda, se podrían analizar otros personajes históricos de la época y descubrir actitudes, creencias y posiciones que legitiman y refuerzan las ideas de Maeztu. Podríamos comprobar entonces que Maeztu no tenía el monopolio de ideas disparatadas. Personas que pasan por hombres nobles, y por elementos centrales de nuestra cultura política, dignos de recuperación, quizá apareciesen tan fanáticos e impertinentes como él. Pero una cosa es segura: sean lo abundantes que sean estos hombres en esta historia, y se encuentren en el campo en el que se encuentren, en modo alguno podrán hacer disminuir el juicio de que Maeztu representa una de las formas más puras de lo que no debe ser un político, un ideólogo o un hombre público. Que su éxito como periodista político le condujese a su propio callejón sin salida, lo convierte en un síntoma de la debilidad del sistema político español. Que figuras como la suya fuesen posibles, junto con otras, es índice del grado de incomprensión de la política que pudo llegar a reinar en un pueblo, y de la consiguiente degradación de la convivencia cívica. En este sentido, Maeztu es el síntoma de la desgracia de España, refractada desde un lado. Lo que me mueve a escribir este libro es, ante todo, la consideración de que su *pathos* no era un caso aislado, ni excepcional, sino que, en la medida en que respondía a arquetipos culturales muy prestigiosos en nuestra tradición, y que he reconocido aquí como propios de la figura del caballero, puede rebrotar tan pronto la historia le ofrezca la menor ocasión. Pues con esta figura no aludo a contenidos, sino esencialmente a una lógica perversa y patológica, inevitablemente paranoica, que busca refugio en la omnipotencia de las ideas tan pronto la realidad no se ajusta a nuestras expectativas. Y, sin embargo, lo terrible no reside ahí, sino en el hecho bien concreto de que figuras como la suya tuvieron funcionalidad —y extrema— en el escenario político y social español. Aquí, como es obvio, me dedicaré a explicar esa dialéctica entre el personaje y su función social, destacando los rasgos del escenario de la política española que hicieron inevitable este tipo de actores.